

Artes decorativas

Lola López Mondéjar

A Mariluz Ibáñez Indurria

Personajes:

Inés

Clara

Marta

Son tres mujeres de alrededor de cincuenta años.

Camarero, opcional.

Espacios:

La obra transcurre en un único espacio, un decorado que servirá para todos los movimientos de las actrices.

Actos I

La acción transcurre en una sola unidad espacio-temporal de unos 90´ aproximadamente de duración.

(Suena la canción Behind The Eyes de Roi Nu. El espectador tiene delante una pared en forma de cuadro de color blanco, con un marco en crudo, que ocupa la parte central del escenario.

Mientras termina la canción, la pared, que es una puerta corredera de grandes dimensiones, se desplaza y deja el espacio escénico a la vista. En él hay un sofá blanco, una mesa baja y dos sillones también blancos. Una percha y una lámpara de pie están instalados a un lado del sofá. Todo moderno, sencillo y blanco. El suelo, techo y fondo de escenario son blancos también.

Cuando termina la canción, en los últimos compases, tres mujeres de mediana edad caminan hacia el centro del escenario, llevan sus respectivos móviles en la mano).

Marta - A ver, hago una llamada y lo grabas, ¿vale? No podemos volver a perdernos durante tanto tiempo.

Inés- Vale. Ya lo tengo.

Clara- Ahora el mío.

Marta- Menos mal que existen estas reuniones, es la primera vez que vengo, pero me ha encantado volver a encontrarme con vosotras.

Clara- Yo vine a la primera, hace veinte años, y no volví. En realidad no sé por qué he venido a esta, pero también me alegro...

Inés -Y yo. Qué casualidad que hayamos coincidido las tres...

(Se detienen comprobando sus móviles y escribiendo los nombres de las amigas en ellos. Luego siguen andando)

Marta- Se me pierden los números en el interior del aparato cuando lo cambio y no sé cómo encontrarlos después, me pasa siempre. ¿Es que no podrían inventar un modelo que no pierda los contactos cuando lo cambias?

Inés- A mí me pasa igual. Soy medio analfabeta electrónica.

Clara- Ahora ya tengo vuestros números y no pienso perderlos.

(Marta se frota los brazos)

Marta- ¡Qué frío!, ha entrado el invierno de repente.

Inés- ¿Os apetece una última copa?

Clara- Por mí sí.

Marta – Lo bueno de pasar de los cincuenta es que ya no nos espera ningún niño en casa. Mi tren sale mañana a las once.

Clara- Bueno, yo me encargo de los nietos, pero no demasiado...

(Las tres sonríen, cómplices)

Marta- Es increíble, ¿no?, tener nietos. No te imagino como abuela.

Inés- Yo tampoco.

Clara- No creáis, es... normal. Me tienen loca, loca de remate.

Inés- Podemos ir a mi hotel, está aquí mismo, la cafetería que no cierra hasta la madrugada.

Marta- Fenomenal.

Clara- Vamos.

(A la derecha del escenario se enciende una luz que ilumina el espacio del sofá. Las amigas cuelgan los abrigos en la percha y se sientan, relajadas. Quedan mirando al público en semicírculo, de modo que también se ven las caras unas a otras)

Marta- A ver, Clara, dinos sinceramente, ¿cómo nos has encontrado?

Clara- Bien, muy bien. La verdad es que esperaba sorpresas más desagradables. No sé...

Inés- ¿Como qué?

Clara- Pues vejez, enfermedad, fealdad, obesidad..., eso que uno teme encontrar en estos encuentros. Pero no, me ha sorprendido. Nos cuidamos.

Marta- Sí, nos cuidamos.

Inés- Ya, pero, ¿habéis visto a Lucía?

(Las tres sonríen, Inés hace un gesto alrededor de su cintura, indicando el diámetro de la citada Lucía. Muestran una relación cómplice).

Clara- Con lo bonita que era.

Marta- ¿Lucía? ¡No!

Clara- Entonces era muy mona, ¿no te acuerdas? Parecía una muñeca de porcelana. Delgadita, con esa piel tan blanca. Se ligó al profesor más guapo de la facultad. Y ahora...

Inés- Es de aquí (*señala la cabeza*). Es de la cabeza. Se engorda con la cabeza, y Lucía siempre ha tenido un punto raro, un no sé qué.

Clara- No la recordaba yo así.

Marta- Se rellena de grasa porque no sabe rellenarse de otra cosa. Pasa mucho, no creas.

Inés (*A Marta, sin animadversión, solo constatando un hecho*)- Tú siempre has sido guapa. Las monjas te ponían de ejemplo porque eras la más bonita de la clase.

Marta- Era la más limpia. Les gustaba mostrarme a las visitas con el pelo tirante, la cola de caballo bien alta y esas mejillas mías, rosadas y transparentes.

Inés- Sí, me acuerdo muy bien... Te parecías un poco a Catherine Deneuve.

Marta- ¡Qué exagerada!

Clara- ¿Recuerdas cuando Sor Luisa te descosía de un tirón el bajo del uniforme porque decía que lo llevabas demasiado corto?

Marta- ¡Claro!, y mi madre volvía a coserlo a la misma altura al día siguiente, una y otra vez.

(Las mujeres hacen un silencio, recordando, sonríen)

Marta- Por cierto, ¿sabéis algo de la señorita Rosario?

(Inés y Clara se miran extrañadas)

Inés- ¿No sabes nada?

(Marta las mira sin saber qué pensar, alerta)

Marta- ¿Qué tendría que saber?

Clara- Verás, no te asustes, pero Rosario se suicidó hace algunos años.

(Marta se coge ambas mejillas con las manos)

Inés- No fue un acto impulsivo, Marta, ni desesperado, no te inquietes. Fue una especie de eutanasia.

Clara- Lo preparó minuciosamente, lo planificó paso a paso ella sola.

Marta- ¿Cómo es posible?

Clara- Era muy anciana, tenía más de ochenta años, y vivía sola en una residencia. Empezaba a ser dependiente, y ella, ya lo sabes, no soportaba la dependencia.

Inés- Me dijeron que puso toallas por debajo de la puerta para que no saliera la sangre y asustara a los otros ancianos.

Marta- ¿Se cortó las venas?

Inés- Sí.

Marta- ¡Dios mío!

Clara- Yo creo que murió tan libre como había vivido. Para mí siguió siendo un ejemplo hasta el final.

(Las tres amigas se quedan en silencio. Marta mueve la cabeza, agobiada por algún pensamiento poco agradable)

Inés- Era la mujer que más admiraba cuando era niña. Me encantaba su talle delgado, y su busto, y su espalda recta y orgullosa.

Clara- Y el modo con el que cogía los libros y los doblaba por la mitad, con una familiaridad que te hacía pensar: Ella sí disfruta de ese libro.

Marta- Pero, ¿lo sabía?, ¿sabía Rosario que había sido tan importante para nosotras? *(Silencio)* ¿Sabía que fue un modelo de mujer para sus alumnas? Sería terrible que no lo hubiese sabido nunca. Que hubiese muerto sola sin saberlo.

(Silencio. ENTRA UN CAMARERO, y toma nota de lo que quieren, pero no hay palabras, solo gestos. No interesa lo que toman, pero no puede tener color, debe ser transparente como el agua. En realidad el camarero podría suprimirse y que las bebidas aparezcan ya servidas sobre la mesa).

Inés- Un día visité la casa donde murió Van Gogh. En el pequeño patio que da acceso a su famosa habitación hay una placa conmemorativa cuyo texto no recuerdo con exactitud. Lo único que no puedo olvidar es que decía claramente que Van Gogh había muerto sin saber que su pintura revolucionaría la historia del arte, sin reconocimiento ni gloria. Murió con la convicción de ser un fracasado.

Clara- Qué horror, no quiero pensar en lo que dices.

Marta- No lo pienses, pero yo solo fui a ver a Rosario en una ocasión. Después de dejar el colegio solo volví a visitarla una vez. Fue a los quince años, apenas entré en el instituto. Luego nunca más.

Clara- Yo tampoco lo hice.

Marta- Pensaba en ir a verla cada vez que conseguía algo importante. Cuando publiqué la tesis, por ejemplo, pensé en llevarle un ejemplar porque creía que podría sentirse satisfecha de mis logros. Pero no lo hice.

Clara- Qué curioso, a mí me pasaba igual. Pensaba en ella con mucha frecuencia. Recordaba con cariño su silueta esbelta, su moño de plátano, sus

uñas siempre limpias y cuidadas. Sus manos pecosas... En fin, pero nunca fui a verla. Aún así, creo que ella sabía que fue muy importante para nosotras.

Inés- (*Con firmeza*) ¿Cómo lo sabes, Clara?, ¿por qué supones que era así?, ¿cómo puedes afirmarlo si tú no fuiste a decírselo?

Clara- (*Clara es una mujer que emplea el sentido común casi siempre, concilia, no quiere conflictos entre ellas*). Lo sé, es lo lógico. Había enseñado a muchas generaciones de mujeres y debía conocer lo que eso significa.

Inés- Pero, ¿cómo puedes afirmar que ella *sabía* que fue fundamental en nuestras vidas si ninguna se lo dijimos?

Marta- (*Sigue impactada por la noticia*) Dios mío, ¡qué cobarde he sido! ¡He ido apartando de mí lo más importante como si nada! ¿Cuándo murió?

Clara- Debió de ser en el 99.

Marta- ¿Dónde estaba yo entonces?, ¿por qué no me enteré?... Ya, estaba criando a mis hijos. Corriendo detrás de ellos, detrás también de mi carrera en la universidad. ¡Qué estúpido me parece eso ahora! Correr detrás de un triste reconocimiento académico.

Inés- Así es... desde los veinticinco hasta los cuarenta y tantos nos pasamos la vida persiguiendo una pareja, una casa, unos hijos, un reconocimiento profesional.

Clara- Es cierto. Ahora lo veo tan claro que me asusta.

Marta- Si observo desde aquí mi pasado veo cosas que no debí haber hecho, o que debí haber hecho y no hice... Como visitar a Rosario.

Inés- No os pongáis graves.

Clara- Inés, siempre has huido del sufrimiento.

Marta- Es cierto, Inés, no hay nada malo en revisar el pasado. Aprendes.

Clara- ¿Cómo era aquello que decíamos? "Se gana o se aprende". No se gana o se pierde, ya veis, sino: "Se gana o se aprende" (*enfatisa la frase*).

Inés- Pero no sirve de nada. Revisar el pasado no sirve de nada, puesto que nada va a cambiar.

Clara- Sí que sirve de algo...

(*Silencio. Clara ha dicho lo anterior envuelto en cierto misterio*). Sí que sirve de algo. .. Yo investigué la muerte de Rosario. Bueno, investigar es un decir, indagué, hice llamadas, busqué en Internet.

Marta- ¿Y?

Clara- ¿Recuerdas que nadie sabía nada de ella? Ni siquiera su apellido. Su identidad era un auténtico misterio.

Inés- Claro que lo recuerdo. Le encantaba cantar aquello de:

Qué importa saber quien soy,

Ni de dónde vengo

Ni por dónde voy...

(*Las tres amigas acaban tarareando juntas la canción, emulando y recordando a la profesora*)

Lo que yo quiero es que me des tu amor

que me da la vida, que me da calor.

Marta- Recuerdo que un día nos contó que se bañaba en la playa de San Sebastián con un bañador Jantzen. Fue una de las pocas cosas que nos confesó sobre su pasado. Es increíble cómo me influía. Busqué esa marca de trajes de baño por toda la ciudad hasta encontrarla. Eran carísimos. Tuve que ahorrar durante un año para poder comprarme uno al verano siguiente. Era

negro, con el pecho fruncido, y esa mujer bordada en azul, que se lanza al vacío, justo encima del muslo derecho.

Clara- Como *Il tuffatore* de Paestum

Marta- Exacto, como *Il tuffatore* de Paestum. Siempre me encantó ese fresco, Lanzarse al mar de cabeza, sin titubear, disfrutar el instante en el que ya no es posible volver atrás, pero aún no has alcanzado el agua...

Inés- De pequeña me daba miedo lanzarme de cabeza a la piscina... No quiero imaginar cómo me asustaría tirarme desde la borda de un barco al mar...

Clara- A mí también me intimidaba, pero vencía el miedo y me lanzaba igualmente. Lo importante es vencer el miedo, ¿no? Todos lo tenemos, pero solo los valientes lo vencen.

Inés- ¿Me estás llamando cobarde?

Clara- No, hablaba en general.

Marta- (*Interrumpiendo, para aliviar la tensión*)- Pero dínos, ¿averiguaste algo de Rosario...?

Clara- Sí. Llamé a la residencia de ancianos donde murió. Les dije que era una antigua alumna, pero solo supieron decirme cosas que ya sabía. Todas las hermanas con las que me entrevisté me repitieron las mismas anécdotas. Al final solo pude recoger dos nuevos datos: que era monja seglar...

Inés- ¿Monja seglar? Yo siempre pensé que huía de una historia de amor desgraciado.

Clara- Puede ser, ¿por qué no? Pero había sido religiosa seglar en Latinoamérica, y a su regreso a España se instaló lo más lejos que pudo de su ciudad natal.

Marta- ¿Y el otro dato?

Clara- Que estaba suscrita a una revista religiosa progresista, *Concilium*, se llama. Todavía existe. Me puse en contacto con la redacción, pero no quisieron darme ni el apellido ni ningún dato sobre una suscriptora que se llamaba Rosario y que recibió la revista durante años en nuestro colegio de la infancia. Nada. Les rogué, les supliqué, pero me dijeron que les era imposible desvelarlos, aunque estuviese muerta y ya no le fuese a hacer ningún daño.

Inés- Progresista... Eso podíamos haberlo deducido nosotras solas.

Clara- Sí. Pero las monjas de la residencia me contaron algo increíble...

(*Las tres amigas aproximan sus cabezas para escuchar mejor*)

¡Rosario no tenía carnet de identidad, ni pasaporte! No lo había renovado nunca. No podía votar porque no estaba empadronada, no quería tener ningún documento que le diese una identidad... burocrática. Si podemos llamarlo así.

Marta- Era muy suyo, ¿verdad? No me sorprende.

Clara- A mí tampoco me sorprendió.

Inés- Yo no lo entiendo. ¿Por qué querría permanecer en ese anonimato?, ¿tenía algo que ocultar?

Clara- Eso no pude averiguarlo. Apenas sabían nada de ella.

Inés- ¿Recordáis el día vinieron unos familiares suyos a visitarla y no quiso saludarles? Fue un revuelo en el colegio. No sé cómo lo supimos, pero se supo. No podíamos entender que no quisiera saludar a su hermano, o a su hermana.

Clara- Es verdad, ahora me acuerdo. Estábamos en el recreo y, cuando nos dijeron aquello, todas fuimos hacia la puerta del colegio para ver si podíamos conocer, aunque fuera de lejos, a su familia.

Marta- Y los vimos. Eran altos, elegantes como ella... Me compré el bañador Jantzen negro para parecerme a Rosario. Toda mi vida he querido coger los libros como ella los cogía, así (*coge el menú del bar que está sobre la mesa, lo dobla y hace como que lo lee con el cuello estirado*).

(*Clara e Inés sonríen*).

Clara- Yo quería hacerme mayor como ella. Llevar moños de plátano, dejarme el pelo sin teñir, pisar decidida y segura.

Inés- Y yo (*Coge su copa y bebe*)

Marta- Pero nunca fui a verla. Jamás. Lo pensé millones de veces y no lo hice. Ya no podré hacerlo. No es que no supiera que lo quería hacer. A veces me ha pasado que no he sabido lo que quería hacer; pero no era ese el caso. Lo sabía claramente, pero no lo hice. Lo minimicé, lo escondí dentro de mí, en algún lugar de difícil acceso. Intenté olvidar que lo deseaba. Me contrarié a mí misma sin que nadie me ordenase hacerlo. Dios mío, odio esas cosas de mí.

Clara- Ella ya no lo sabrá nunca.

Marta- Nunca. ¿Cómo es la vida, verdad?

(*Silencio*)

Inés- (*Con firmeza, rotunda*) Ella lo sabía.

Clara- Inés, no digas sandeces, ¿cómo iba a saberlo si nadie se lo dijo? Explícamelo. Ahora eres tú quien me desconcierta.

Inés- ... Yo se lo dije.

(*Las amigas se miran*)

Marta- ¿Cuándo?

Inés- Hace quince años, cuando cumplí los cuarenta, me propuse hacer las cosas que había querido hacer y que no había hecho. Una de ellas fue visitar a Rosario y decirle lo importante que había sido para mí.

Clara- ¿Qué pasó?

Inés- No pasó nada. Fue... decepcionante. Fui, ella estaba lúcida, pero no sé si se acordaba de mí. Seguramente no, pero no puedo afirmarlo. En realidad creo que no quise averiguarlo porque no soportaba la idea de que me hubiese olvidado. ¿Cómo iba a tolerar que alguien tan importante en mi vida no se acordase ni siquiera un poco de mí?

...

Bueno, le llevé la tesis (*mira a Marta, que antes habló de que quería haberle llevado la tesis, como con culpa por haberlo hecho ella*), le regalé un ejemplar. Ella la cogió y la dejó sobre la mesa. Cuando nos despedimos no se la llevó.

Marta- ¿Cómo?

Inés- No se lo reprocho. Estuvimos una media hora juntas, hablamos de mi vida presente, del colegio. Se acordaba de ti, Marta. Se acordaba de tu apellido. Me pidió que le recordase los nombres de algunas compañeras de mi curso y le enumeré varios, cuando llegué al tuyo sonrió. Sí, me dijo, sí, Marta Castro. Se notaba que te había querido.

Clara- Pero la tesis...

Inés- Al cabo de media hora se levantó, tan nerviosa como siempre, como si hubiera dado por terminada la entrevista, me tendió la mano y se despidió. El manuscrito seguía sobre la mesa. Lo dejé allí. Pensé que alguna monja se lo llevaría después a la habitación, que había sido solo un descuido suyo, fruto de la emoción. No sé.

Clara- Las religiosas me dijeron que no comía con ellas. No le gustaba la vida social, se reía de ellas porque comían y rezaban juntas: “¡Gregarias!”, les llamaba, con esa sorna tan suya. Rosario lo hacía todo sola en su habitación.

Inés- Lo sé.

Marta- Inés, hiciste algo que yo hubiera querido hacer. Te envidio. No sabes cuánto te envidio.

(Aquí debemos apreciar cierta rivalidad actual que hay siempre hubo entre ellas, una tensión que aparece, pero que cortan a tiempo para no enturbiar su relación).

Clara- Pero, ¿por qué no lo has dicho antes? Has dejado que especulemos sobre ella sin decirnos que la habías visitado.

Inés- No me atrevía, no sé por qué. Bueno, en realidad sí lo sé. Hubiera preferido ocultárselo, dejaros con el remordimiento, pero me ha parecido demasiado desleal.

Marta- No te entiendo.

Inés- Después de ir a verla me sentí fatal. Reviví aquellos años como si se estuviesen repitiendo en ese mismo momento, pero con emociones nuevas.

Clara- ¿Cuáles?

Inés- Emociones que, seguramente, entonces no pude sentir, pero que el desprecio, o el olvido involuntario de Rosario, la imagen de mi tesis abandonada sobre la mesa, evocaron bruscamente con una fuerza que desconocía.

Marta- Dijiste que no te había molestado.

Inés- Sí, he hecho lo mismo que hice entonces: mentirme a mí misma. Me molestó. Claro que me molestó. Me dolió profundamente. Constaté lo insignificante que había sido durante toda mi juventud. Vosotras destacabais siempre, no hacía falta que hicieseis nada para que se os tuviese en cuenta... En cambio yo... yo era esa tesis olvidada sobre la mesa. Completamente prescindible, un texto que nadie está interesado en abrir.

Clara- *(Conciliadora)* Mujer, no digas eso, exageras... Eras muy graciosa.

Inés- *(Con cierta rabia contenida)* ¿Exagero?, ¿por qué crees que me especialicé en ser graciosa, Clara?

Marta- Tienes buen carácter, Inés. Has sido siempre así.

Inés- No creáis. Era la graciosa del grupo porque de otro modo nadie reparaba en mí. Siempre he sido invisible. Mi madre me olvidaba hasta en el supermercado.

(Clara y Marta ríen).

Clara- ¿Ves?

Inés- Claro que lo veo, lo siento *(con énfasis)*. No sabes cómo lo sentí entonces. Todas mis bromas, mis gestos exagerados, mi deseo de agradar volvieron intactos. Cómo lo sentí y cómo me entristeció sentirlo. Observé la niña que había sido, la niña cuyo nombre y cuyo rostro Rosario había olvidado, la única estúpida que, a pesar de intuir que ella no la reconocería, fue a verla, mientras que vosotras no lo hicisteis.

Marta- Ojalá hubiera ido yo, Inés.

Clara- Y yo.

Inés- Tu no lo necesitabas, Marta. Ni tú, Clara. Las personas como vosotras no necesitan buscar a los otros, ellos vienen a vuestro encuentro, atraídos por ese no sé qué que os envuelve, como un aura.

(*Silencio*)

(*Inés mueve la cabeza como desprendiéndose de todo lo anterior. Repite aquí eso que hacía entonces, vuelve a eludir la tristeza con el sentido del humor.*)

En fin, (*en tono jocosos, como si no hubiese dicho nada antes*)...Hice otras muchas heroicidades. Me dediqué todo ese año a llevar a cabo cosas que tenía pendientes.

Clara- ¿En serio?

Inés- Sí. Por ejemplo: me divorcié.

(*Las tres amigas se ríen*)

Clara- Eres increíble.

Inés- Sí, me divorcié. Era un asunto que tenía pendiente desde hacía cinco o seis años. Y al cumplir los cuarenta lo hice.

Marta- ¿Así, sin más?

Inés- Mujer, me costó lo suyo, pero me daba no sé qué hacerme mayor con ese tema sin resolver.

Clara –(*Reflexiva*) Julio no te pegaba nada.

Inés- Lo sé. Vaya si lo sé. Ahora está casado con otra, parecen felices. Y me alegro.

Marta- ¿Y tú?, ¿has encontrado el amor?

Inés- No. Ni falta que me hace. No me interesa lo más mínimo volver a vivir con un hombre. Terminé harta. Creo que cuando tengo un hombre cerca me anulo, me borro yo solita sin que él haga nada. Me di cuenta ya con Julio, y con algún que otro “ensayo” que hice después, pero soy así: desaparezco si anda un varón a mi alrededor. Soy tan... amable, que me doy asco. De manera que mejor me quedo sola.

Clara- Me sorprendes.

Inés- ¿Por qué?

Clara- No sé. Te creía tan convencional.

Inés- Y lo soy, creo que lo soy. Vaya. No me gusta demasiado cambiar. Si me divorcié fue porque sentía que no tenía más remedio que hacerlo. Hubiera preferido seguir con él toda la vida. Pero era o él o yo.

Marta - (*Dirigiéndose a Inés*) Creo que las personas como tú, Inés, tienen las cosas más claras que nosotras.

Clara- ¿Por qué?

Marta- Se conocen mejor, quizás porque son más firmes y, por tanto, dudan menos.

Clara- Las personas de derechas... quieres decir...

Inés- Oye, oye, que yo no soy de derechas. Que sea convencional no me convierte en alguien de derechas.

Marta- Perdona, pero no me negarás que hay algo en común entre quienes son de derechas y tú: no os gustan los cambios. Y eso es algo sólido que está dentro de vosotros. Algo que ayuda a criar a los hijos, a prosperar en el trabajo, a reproducir la ideología de derechas.

Clara- Eso es cierto.

Inés- No tuvimos hijos. Pero también yo lo he observado. Los de derechas - entre quienes no me incluyo, ¡que conste! -, tienen una habilidad especial para reproducirse biológica e ideológicamente (*Sonríe*).

Clara- Es que es más fácil.

Marta- ¿El qué?

Clara- Es más fácil seguir los valores de derechas y enseñarlos: egocentrismo, liberalismo, insolidaridad, sálvese quien pueda, doble moral. La izquierda lo tiene más difícil: solidaridad, honestidad, justicia social... Es como educar a un niño a que comparta un juguete: siempre llevas las de perder.

Marta- ¿Quieres decir que espontáneamente todos seríamos de derechas?

Clara- Algo parecido. Quiero decir que sin esos ideales la vida es más cómoda, que la derecha se lo monta mejor, vamos. Que come caviar sin culpa.

Inés- Llevas razón. Yo tengo mis contradicciones, y si me dejo llevar por el placer siempre me siento culpable... Aunque últimamente no mucho.

(Ríen)

Inés- Bueno, ¿y vosotras? ¿Qué cosas pendientes hubierais hecho a los cuarenta, o a los cincuenta años? A ver...

(Silencio breve)

Marta- ¿Aparte de visitar a Rosario?

Inés- Aparte de eso.

Marta- *(De corrido)* Hubiera dejado que mis hijos vivieran con su padre cuando me separé.

Clara- ¿Qué quieres decir?

Marta- Nada.

Clara- Vamos, Marta, acabas de decir algo importante. Sigue, no vamos a juzgarte. Yo no voy a juzgarte.

Inés- Ni yo, aunque sea convencional y de derechas, según vosotras.

Marta- Bueno, allá va. Cuando me separé, mis hijos tenían quince y diecisiete años. Dos varones, enormes, llenos de hormonas. Entrar en su habitación era... perturbador.

(Las tres mujeres sonríen)

Clara- Conozco esos efluvios mefíticos.

Marta- Eran grandes, quiero decir que sobresalían un palmo o dos sobre mi cabeza. Y no paraban de comer, y de gritar, y de oír música aislados del mundo, con los auriculares puestos. Yo estaba sola frente a ellos.

Clara- *Sola ante el peligro (Lo dice solemnemente, ha de notarse que Clara recurre a los lugares comunes, que se oculta bajo esos lugares comunes.)*

Marta- Me veía subiendo en el ascensor arrastrando de bolsas de comida que desaparecían en un santiamén del frigorífico sin que ellos se enteraran de cómo habían llegado hasta allí. Eran buenos chicos.

Clara- ¡Uf! Me estás describiendo...

Marta- ¿De veras? *(Más animada)* Eran buenos chicos, pero tan... masculinos. Tan...

Clara- ¡Grandes!

Marta- ¡Sí! *(contenta de esta coincidencia con su amiga)* No se me ocurre cómo decirlo, pero me desbordaban por todas partes. Su padre solo los veía un fin de semana de cada dos, yo aguantaba el resto. Él apenas tenía que imponer ningún tipo de disciplina. Iban al cine, pedían unas pizzas, jugaban al tenis o iban juntos de excursión, los tres, tan...

Clara- ¡Varoniles!

Marta- Sí *(Otra vez expresa su contento por tanta coincidencia)* Y yo, ¡Dios mío! Cada vez me veía más empedregada, diminuta como Alicia en el País de las maravillas. Fueron tiempos difíciles... Un verano, después de pasar el

mes de julio con su padre, me dijeron que querían irse a vivir con él... No lo soporté. Me sentí una malísima persona. Mis hijos, mis dos soles, querían irse a vivir con su padre, pasar a ser invitados en mi propia casa. No había animadversión, creo, quiero decir por su parte. Era solo que con él se llevaban mejor.

Clara- Los hijos varones necesitan separarse de la madre a esa edad.

Inés- Clara, eres el mismísimo sentido común en persona (*con cierta ironía*). Y eso que la de derechas era yo.

(Clara se incomoda ligeramente, pero se recompone y no responde)

Marta- Eso pensé, pero aún así les insistí para que no lo hicieran. En realidad lo estaba deseando, era mi sueño. Cada fin de semana que pasaban con su padre me regocijaba pensando que el sábado por la mañana podría poner la música alta para mí sola; mientras que si ellos estaban en casa no había manera de que se despertasen antes de las doce, de modo que imponían un silencio musical que yo sufría desde las nueve que me levantaba. En fin, que a pesar de haberlo deseado mil veces no quise que lo hicieran.

Clara- ¡Qué raro!

Marta- No lo es. No podía soportar la imagen de mí misma que me devolvían sus ganas de dejarme. Era insoportable, aunque lo desease.

Inés - ¿Y qué pasó?

Marta- Nada. No pasó nada, no insistieron, aprendimos los tres. Yo a dejarles más "suelos", ellos a pasar menos de mí. Pero me arrepiento de no haberlo hecho. No sé por qué tenía que ser una madre tan perfecta, tan entregada, ... y una mujer... diminuta. ¿Qué problema hay en que los hijos quieran vivir con su padre y no con su madre, digo yo?

Clara- Son prejuicios. Nadie se pregunta sobre la bondad del padre si los hijos deciden vivir con la madre, pero a la inversa...

Inés- Yo no he tenido hijos, pero no lo lamento en absoluto. Nunca lo he lamentado. A los treinta y cinco tuve un amago de deseo maternal. Eso que llaman "el reloj biológico", pero estaba inmersa en mi mala relación con Julio y lo dejé pasar. Ni se me ocurrió que un hijo pudiera solucionarlo... (*Más alegre, como un hallazgo*) ¿Sabéis de lo que me arrepiento yo?

Clara- ¡Ah!, pero ¿hay algo que tengas todavía pendiente? (*Clara aquí le devuelve con ironía la observación anterior de Inés sobre el sentido común de Clara*).

Inés- Pues sí (*con humor este "sí"*). Me arrepiento de haber estudiado Medicina.

Clara- ¡Toma!, y yo Derecho.

Inés- Clara, no es lo mismo. Yo sacrifiqué toda mi juventud para estudiar esa carrera. Primero para llegar a la nota necesaria para entrar. Luego durante la especialidad. No salía nunca. No tengo buena memoria, me cuesta retener la información. Comprendo muy bien, pero olvido fácilmente. (*Con énfasis lo que sigue*) Necesitaba horas para estudiar un examen, lo que significaba no salir durante meses, no tener vida social, pasarme días enteros en la biblioteca... Medicina anuló mi juventud... En realidad, yo quería estudiar Bellas Artes.

Marta- Pero Inés, ¿qué dices?, Bellas Artes es justo lo opuesto.

Inés- Ya os lo he dicho. Quería ser artista. Bohemia. Lo contrario de lo que soy.

Clara- Por favor, esta noche me despistas.

Inés- Yo quería hacer *performance*. Salir desnuda de una tortada gigante para denunciar el uso del cuerpo de la mujer en el patriarcado. Quería recoger la porquería de mi habitación en pequeña cajas: pelos, hilos, uñas, restos...

Marta- Lo abyecto, Inés, se llama "lo abyecto".

Inés- Pues quería recoger lo abyecto de mí misma y guardarlo en cajitas muy monas para mostrar el paso del tiempo, la muerte como destino, la pérdida continua de nuestras células en el infinito espacio del tiempo (*tono épico, muy exagerado*).

Clara- ¿Y por qué no lo hiciste a los cuarenta?

Inés- Clara, por favor, no soy idiota. ¿Adónde crees que iría yo como artista a los cuarenta? No tengo ni idea del mundo del arte. Me quedo en mi hospital. A los cuarenta hice lo que podía hacer, que fue mucho.

Marta- Ya.

Inés- Hay que ser algo pragmática.

Clara- Artista pero pragmática, ¿no es una contradicción?

Inés- Puede... Mi pragmatismo me doblegó, me unió a la silla, sacó por mí un ocho con nueve en selectividad.

Marta- Y entraste en medicina.

Inés- Sí. Y no salí de ahí. Eso es. Ahora no hago *performance*, no introduzco una sonda con cámara a través de mi vagina para ver mi rosado interior, simplemente, se la introduzco a otros.

(*Las tres amigas beben al unísono*).

Marta- Bueno, además, hay otra cosa que hice que me hubiera gustado no hacer.

Clara- Soy toda oídos.

Marta (*Silencio*) – Fue algo muy feo (*pausa*)... Recuerdo que mi madre no decía que algo era malo, sino que era feo. La odiaba por eso. "Está feo, está feo" (*impostó la voz de su madre*).

Clara- La mía decía lo mismo. La estética era la moral de las mujeres.

Inés- ¿Y?, ¿qué fue eso que *no* (*enfatisa*) debiste hacer?

Marta- Pues, verás. Siempre he sido muy envidiosa. ¿Lo habíais notado?

Inés- No especialmente, no sé...

Clara- Yo tampoco

Marta- Pues lo soy. Solo que desde bien pequeña me obligué a que la envidia, eso que estaba tan feo sentir, no enturbiara mi buen juicio ni mi idea de la justicia. Me obligué a que no interfiriese en mis actos, la envidia amarilla... Y lo conseguí. Durante muchísimo tiempo supe vencerla y ser... justa. Imaginaos, creo que luché por estar en lo más alto de mi profesión solo para no envidiar a quienes estuvieran más arriba. En el Olimpo, las personas a las que envidiar se reducen considerablemente.

(*Ríen*)

Inés- No está mal la idea, habrá que probarla.

Marta- ¿Tú también eres envidiosa?

Inés- ¿Y quién no? Pero, no cambies de tema, sigue...

Marta- Verás. Escribí un ensayo sobre filosofía basado en el libro de una colega. Una colega que me caía muy bien, por cierto. La veía tan inteligente, tan competente. Siempre que leía algo suyo me estimulaba, me hacía pensar.

No entendía por qué nadie se fijaba más en ella. Algún defecto tendrá, me decía, llena de envidia; pero no lo tenía.

Clara- Vamos, no será para tanto, quizás la idealizas. La envidia y la idealización van de la mano.

Inés- Clara, eres la pera.

Marta- No la idealizo, en serio, es realmente buena. Lo es. Original, solvente... En fin, escribí un libro que dialogaba con el suyo. De forma sutil, mis tesis tenían a las suyas detrás, me pasaba el tiempo pensando en su obra, polemizando con ella...

Inés- ¿Y?, me tienes en ascuas...

Marta- No la cité.

Clara- ¿Qué hiciste?

Marta- No la cité. Cité a otros, cité a todos, me encanta citar, en la universidad somos adictos a las citas, elaboramos auténticos centones, vamos. Pero no la cité.

Inés- ¿Por qué?

(Clara se mueve en el sofá, cruza y descruza las piernas, incómoda).

Marta- Porque es mejor que yo. Esa es la conclusión a la que he llegado. No la cité porque es mejor que yo. No quise darle ese gusto. Lo hice adrede. No la olvidé ni un segundo, ya os he dicho que dialogaba con ella en cada párrafo, pero no lo hice. Minuto a minuto, durante meses, me abandoné al placer malsano de ningunearla. Una mezquindad que me avergüenza. Dudaba, creía que finalmente acabaría por regirme por el principio soberano de que mi envidia no enturbiase mis actos, pensaba que me estaba dando una pequeña satisfacción y que, al final, acabaría agradeciéndole su obra, o algo así. Pero no lo hice, y descubrí un aspecto de mí que no me enorgullece.
(Silencio)

Inés- Te entiendo. No me gusta lo que hiciste, pero te entiendo.

Marta- Ese es el problema, que cada vez que nos entendemos descende nuestra exigencia moral, ¿no creéis?

Clara- Quizás sí.

Inés- La culpa de nuestra laxitud moral la tienen el psicoanálisis y la psicología.

Clara- Y los libros de autoayuda, Inés, no te olvides de los libros de autoayuda. *Perdónatelo todo, aunque seas abominable.* ¡Soy defensora a ultranza del sentimiento de culpa!

Inés- ¡Vaya con las que no son de derechas!

Clara- No te piques Inés.

Inés- Si no me pico... Pero, a ver, volvamos al asunto. ¿Tu colega lo sabía?

Marta- Ella lo sabía, lo adivinaba de alguna forma. Entré en una competición interior, en un círculo vicioso que se me imponía por fuera de mi voluntad. La invitaba a alguna mesa redonda y luego me excusaba para dejarla fuera con algún pretexto. Era como decirle: mira lo que puedo hacer por ti, mira lo que no hago. Pero sin darle ninguna explicación. No había nada de lo que me pudiera acusar directamente. Mi mezquindad y mi envidia quedaban impunes.

Inés- ¿Y ella aceptaba?

Marta- Aceptaba mi invitación y aceptaba que después la dejara fuera. Sin problemas. Hasta que dejó de hacerlo.

Clara- ¿Cómo?

Marta- Un buen día me escribió un correo que, simplemente, decía: “*Estimada colega, en adelante preferiría que no contase conmigo. Atentamente, X* “. O algo por el estilo. Sentí como un abandono. Sentí yo el abandono. Qué curioso. Y no la invité más. Mi juego había terminado. Me deprimí como después de un divorcio.

(Silencio. Las amigas miran a Marta durante un largo rato. Luego Clara se mueve en el sillón, disponiéndose a hablar).

Clara- Pues yo... Yo también hubiera querido dejar durante algún tiempo a mis hijos. Dimitir momentáneamente de ser madre.

Inés- ¿Eso es todo, Clara?, ¡qué sosa eres! No vale repetir.

Clara- Siempre has pensado eso de mí, Inés, que soy sosa y llena de lugares comunes.

Inés- Vamos, Clarita, no te enfades y cuéntanos tu *pentimento*.

Clara- No me arrepiento, no es eso, pero... antes de mi relación con Andrés estuve saliendo seis años con alguien.

Marta- No tenía ni idea.

Clara- Es algo que no le he dicho a nadie.

Inés- *(Suspira)* Me preparo, Clara. Me preparo. Dios mío, estos tacones me hacen polvo los pies *(se los quita discretamente)*.

Clara- Seréis las únicas en saberlo ...

Marta- Tú sabrás lo que haces.

Clara- No, no sé exactamente lo que hago, solo que quiero decíroslo. Quiero que vosotras lo sepáis.

Inés- ¿Y conocemos a ese “alguien”?

Clara- No. Claro que no. *(Clara mira a sus amigas con expectación, como temerosa de cómo recibirán sus palabras)*. Estuve saliendo seis años con una mujer.

Inés y Marta- *(a coro)* ¿En serio?

(Las tres amigas se ríen)

Marta - ¿Jugamos? *(las otras asienten)* Rojo o negro. ¡Una, dos y tres!

Marta e Inés *(de nuevo a coro)*- ¡Negro!

Inés- Marta, piensa un deseo.

(Marta e Inés piensan y callan. Clara se ha quedado quieta, puede que arrepentida)

Marta- Perdona, estabas diciendo que estuviste saliendo con una mujer... pero, ¿qué significa exactamente saliendo?

Clara- *(Se levanta y da la vuelta al sofá, apoya sus antebrazos sobre el respaldo, se toma un respiro y responde)* Saliendo significa saliendo, enrollándonos, besándonos, acostándonos. Hijas, todo eso.

Inés- Ya, ya, pero ¿cómo?

Clara- *(Con sorna)* ¿Quieres que te lo describa? Nos enamoramos, por favor... Nos enamoramos las dos. Ella ya sabía que le gustaban las mujeres, pero a mí era la primera vez que me sucedía. La primera y la última vez.

Marta- No me lo dijiste nunca. Recuerdo que cuando estabas con Eduardo nos veíamos más a menudo, ¿verdad? Te preguntaba por tus ligues...

Clara- ...Y te decía que no había otros hombres en mi vida, lo cual era estrictamente cierto. No te mentía, solo omitía datos.

Inés- Qué cosas.

Clara- Sí... Pero que no es eso lo que quiero contaros...

Marta- *(Con tono de broma, parece que les incomoda el descubrimiento y quieren obviar el impacto)* ¡Ella se transformó en un tío!

Inés- ¡¡Tu marido es una mujer!!

(Todas se ríen)

Clara- No seáis bordes, que me está costando mucho... ¿Por qué no paráis de interrumpirme?

(Silencio)

Lo que quiero deciros es que nunca se lo dije a Andrés.

(Silencio)

Jamás. Ni voy a decírselo. No quiero que sepa eso de mí. Es como si entonces me viese de otra manera, y necesito que me vea tal y como ahora me ve.

Marta- Abuela feliz, madre feliz...

Clara- Más o menos. Más o menos.

Inés- ¿No lo sospechó nunca?

Clara- No. Las dos estábamos casadas. Entonces yo con Eduardo, ella con su marido de toda la vida. Nadie sospecha de la amistad entre dos mujeres casadas. Después no hemos vuelto a vernos.

Inés- Pero te divorciaste de Eduardo.

Clara- Sí, me divorcié de él, pero me volví a casar con un hombre, me casé con Andrés. Creo que me gustan los hombres... aquello fue... no sé...

Marta- Entonces... Lo que quieres decirnos es que Andrés no conoce una parte muy importante de ti.

Clara- Sí. *(Lentamente, casi deletreando)* Lo que quiero deciros es que mi marido no me conoce.

(Silencio)

Clara- ¿Veis?, ahora me arrepiento de esto *(Se incorpora y va hacia la percha, coge un pañuelo que dejó allí y se lo pone sobre los hombros, como protegiéndose de lo que ha dicho; vuelve a su asiento mientras el diálogo sigue)*

Inés- No seas boba.

Marta- !!Por Dios!!

Clara- Me arrepiento. Sé que no dormiré tranquila durante un tiempo, y que siempre que recuerde que lo sabéis me sentiré insegura, vulnerable, muy muy inquieta.

Inés- A mí me pasa lo mismo cuando considero que he hablado de más.

Marta- Yo me he vuelto desconfiada. Más cada día. Me reservo todo.

Clara- Solo tenía ese secreto. Formaba parte de mí. Ahora estoy como desnuda *(se cubre un poco más con el pañuelo)*.

Inés- A mí me pasa lo mismo que a Marta, cada día desconfío más de la gente.

Marta- Son los años.

Clara- *(Como si hablara desde otro lugar, ocultando lo anterior)*. Con los años la máscara crece, se apodera del rostro, lo coloniza como en aquella escena de Alien, ¿os acordáis?

Inés- Sí.

Marta- Yo me acuerdo de otra película, me impactó tanto... Se llamaba, *Vinieron de dentro de...*

Clara- Sí, sí, la recuerdo.

Marta- Iba de unos extraterrestres que eran como gusanos, una especie de babosas enormes que se introducían en el cuerpo por la boca y producían unos efectos afrodisíacos irreprimibles (*gesticula todo esto*). Como todo el mundo tenía ganas de sexo, el bicho se propagaba como un demonio: de boca en boca y tiro porque me toca. Primero el edificio, luego el barrio entero se iba transformando en un lugar orgiástico...

Clara- Era asquerosa, la recuerdo también yo.

Marta- No sé por qué me impresionó tanto. Quizás por esa sexualidad fuera de control.

Inés- Era de Cronenberg.

Marta- ¿En serio?

Inés- Sí, yo tendría diecisiete o dieciocho años cuando fuimos a verla. Debe de ser del 75, antes de la universidad.

Clara- Entonces estábamos muy hormonadas, como mis hijos.

(Las tres se ríen)

Inés- No eran extraterrestres, los había creado un científico loco, y convertían a quienes los llevaban dentro en unos obsesos sexuales asesinos.

Marta- ¡Qué buena memoria has tenido siempre!

Inés- ¡Os he dicho que no tengo ninguna memoria! Creo que tenéis una idea muy estereotipada de mí. Lo que pasó fue que unos residentes me pidieron hace poco que les dijese cuál había sido la película que más me había impactado en mi juventud, y recordé esa. Luego busqué en FilmAffinity y recogí esos datos. De memoria nada, os lo he dicho.

Clara- De cualquier forma, es curioso que nos impresionara a las tres.

Marta- De Cronenberg... Chicas, ya teníamos buen gusto a los dieciocho. Eso habla muy bien de nosotras.

(Se ríen)(Se nota la ligereza del alcohol, están más alegres, como si quisieran olvidar lo que han confesado anteriormente).

Clara- Hablando de sexualidad.

Inés- ¿Hablando de sexualidad?. ¿No me digas que vamos a acabar hablando de sexualidad?

Marta- ¡¡Qué vulgares!!

Clara- Pues sí. Me apetece que hablemos de sexualidad.

Inés- ¿En serio?

Clara- Sí, justo. Que hablemos *en serio* (*enfatisa*) de sexualidad. Eso es.

Marta- Pues yo cero.

(Inés y Clara la miran)

Inés- ¿Cero verdadero?

Marta- *Vero, verissimo*, si lo prefieres en italiano. *Vraiment, en français*.

Inés- Pues casi exactamente lo mismo que yo.

Clara- No me lo puedo creer.

Inés- ¿Es que tú...?

Clara- ¿Yo?... Pongamos que un dos y medio. Y se lo debo a Andrés, que conste.

Marta- Pues sí que andamos las tres con buena nota.

(Beben al unísono)

Inés- Para expresarlo abruptamente: puestos a elegir, prefiero una buena cena a un polvo.

Marta- ¡Qué bruta eres!

Inés- Directa y sincera. Ya hace tiempo que prefiero una buena cena a un polvo. O una buena película. Incluso una película regular, si me apuras.

(El tono es jocoso, pero amargo)

Clara- Al principio lo echaba de menos.

Marta- ¡Toma y yo!

Clara- Vamos a ver, no echaba de menos el acto sexual. Digamos que el acto lo conozco bastante bien, a estas alturas. Digamos que el acto no es innovador, que me aburría un poco, si puede decirse así.

Inés- Clara, al grano... ¿qué es lo que echabas de menos entonces?

Clara- Echaba de menos el deseo. La tensión sexual. El gusanillo ese, como la babosa de la peli, que se instala en el estómago y te hace pensar en eso imperiosamente, sin podértelo quitar de la cabeza *(esto último en tono más grave que el diálogo anterior)*.

Marta- Igual que yo. ¡Ah!, lo que yo daría por una horita de ese deseo, de esa inquietud.

Inés- Yo sigo teniendo un poquito. Una milésima. Por la mañana, o a mediodía, qué se yo, en cualquier momento inoportuno. Siempre sola. Me viene él solito y me agarra inesperadamente. Lo paladeo despacio, como cuando te pones una onza de chocolate en el velo del paladar y pasas la lengua lentamente, para que no se acabe. Pues así. Pero cuando llega la noche y me meto en la cama, ¡puf! Mira por dónde, se esfumó. No consigo saber adónde se fue, desapareció como una estrella fugaz. ¡Cataplúm! Lo busco y lo busco, y no lo encuentro. Y acabo leyendo una buena novela. Claro que yo casi siempre duermo sola... lo que no ayuda mucho.

Marta- Es que es un trabajo, chicas. Es un auténtico trabajo *(tono de insistir para enfatizar)*. Quien diga lo contrario miente. Pongamos en una balanza el día entero, el estrés, el cansancio, los años...; y en la otra el cero o el uno de deseo, el esfuerzo, la labor, vaya, y veremos fácilmente el resultado.

Inés- Por supuesto, pero era tan... delicioso.

Marta- Sí. Te hacía sentir tan... viva.

Inés- Bueno, el sexo está sobrevalorado en nuestra sociedad.

Clara- Eso también es cierto. Pero lo que yo quería decir es que antes *(subrayado ese antes)*, lo echaba de menos. Echaba de menos el deseo. Pero ya no. Vivo en un desierto sexual permanente. *Nothing* deseo. Cero patatero. Y no sufro en absoluto por ello.

Marta- ¿Y Andrés?

Clara- Bueno, nos apañamos. A veces nos reímos, no creas. A él también le pasa un poco lo mismo, pero menos que a mí, es verdad. Pobre. El dos y medio, insisto, se lo debo a él.

Marta- Yo que creía que solo me pasaba a mí.

Inés – ¿En serio?, ¿es que no tienes amigas?

Marta- Sí que las tengo, pero de esto no se habla, mujer. Tener deseo sexual tiene prestigio. Es *cool*. Juvenil, ya se sabe. Es síntoma de, llamémosle, buena salud mental. Nadie va diciendo por ahí que se le acabó. Qué miseria, es como arruinarse. La debacle se esconde, y se siguen guardando las apariencias.

Clara- *(Pensativa)* Y las revistas, ¿habéis leído las revistas? Esas sexólogas, o psicólogas, o lo que quiera que sean.

Marta- Paletas, son paletas.

(La charla se hace más rápida, animada)

Clara- Pues esas paletas que dicen que la menopausia no significa nada. Que la sexualidad dura toda la vida, que desaparecido el miedo al embarazo el deseo sexual se expresa en multitud de formas... en fin, que si esto y aquello.

Marta- Sí, sí, que si no lo tienes es porque eres una neurótica reprimida, vamos.

Inés- Lo hacen para vender lubricantes. Están pagadas por la industria cosmética y farmacéutica. ¡No imagináis el dinero que mueve la sexualidad! Si yo os contara...

Clara- ¿En serio?

Inés- ¿Y las fotos? Dios mío, esas fotos de una maravillosa pareja madura. Siempre vestidos de blanco, fotografías con filtros, *of course*, con la sonrisa de oreja a oreja y el jersey azul clarito, muy mono, sobre los hombros, paseando por una playa con los pantalones, blancos también (es por la luz, el blanco es más fotogénico), remangados un pelín por debajo de las rodillas, que favorece mucho. Qué felicidad, nos dice su sonrisa. Qué polvo... nos prometen sus ojos. Mentira, mentira, mentira.

Clara- A lo mejor hay mujeres que mantienen el deseo.

(Las amigas la miran)

Marta- Clara, siempre has sido tan ingenua. Nunca has dado crédito a tus emociones... Excepto en una ocasión, por cierto.

Clara- Es que no me gusta hacer teorías universales de anécdotas particulares.

Inés- No me vengas con erudición epistemológica, Clarita. De cien mujeres, dos mantienen el deseo sexual vivo después de los cincuenta, y es porque cambian de pareja. Créeme que ya es mucho decir. Lo constato todos los días en la consulta.

Marta- *(Pensativa)* ¿Anécdotas particulares, dices?, ¿por qué crees que los hombres se divorcian y se juntan con jovencitas? Con todo lo que se escribe sobre él parece que perderlo fuera la ruina, parece que fuésemos seres extraños, extraterrestres como las babosas de la peli. Uno se separa, o se junta, para encontrar ese deseo que, *naturalmente*, de motu proprio, se esfuma. Te lo digo yo.

Clara- Pues para mí es una liberación que se vaya. Tengo muchísimo más tiempo. La siesta de los sábados y de los domingos, que venían con polvo obligatorio, ahora son más. Más enteritas... Bueno, a veces me gustaría sentirlo. También es verdad. Me contradigo.

Inés- Eres una contradicción andante.

Clara- Yo ya me he acostumbrado a mi dos y medio. Hace un par de años que hice una, llamémosle, reconversión emocional.

Inés- A ver...

Clara- No me impongo sentir nada más que lo que siento. E invierto en otras cosas. Soy una nueva emprendedora.

Marta- ¡Ay!, esa deplorable terminología económica aplicada a los sentimientos.

Inés- Clara, permíteme una pregunta indiscreta, ¿tú no crees que ese escueto "dos y medio" puede deberse a que Andrés... es un hombre?

Clara- Estoy segura de que no. Sabía que ibas a preguntármelo. No lo siento ni hacia los hombres ni hacia las mujeres. Y no creo que lo sintiera ya por nadie.

Cuando ocurrió sí que di crédito a mis emociones, ya ves. Entonces no me engañé, hasta me convertí en lesbiana, que es lo que nunca hubiera pensado que sería. Pero ya no está, y lo que me molesta es la falacia del deseo.

Inés- ¡Qué concepto más guay! (*lo dice con aire muy muy juvenil, chasqueando los dedos*)

Marta- *La falacia del deseo.*

Clara- Me molesta el engaño, ¿no os parece?

Inés- Pues sí. A mí también.

Clara- Un coche, un vestido, un nuevo peinado, todo promete la recuperación de ese deseo escurridizo. ¿Por qué nadie dice que es mentira?, ¿por qué importa tanto que la mujeres sigamos sintiendo tensión sexual?

Inés- Os lo he dicho antes, ¡qué pesadas!, si se aceptase su desaparición sería la ruina de la industria farmacéutica. Adiós viagra, cenas románticas, ropa interior sexy, artefactos con pilas, lubricantes... Una crisis industrial en toda regla, creedme, en toda regla.

Marta- Y dale con los lubricantes... cada vez que los nombras me imagino... ya sabes.

Clara- Es que tienes mucha imaginación, Marta.

Marta- ¿No os pasa?

Inés- ¿El qué?

Marta- Que imagináis cosas sin querer. Por ejemplo: dices lubricantes y, ¡dios mío!, me viene todo eso a la mente. Que palabra más soez, es pura pornografía.

Inés- Lubricantes, lubricantes, lubricantes... A ver si regresa.

(*Se ríen las tres*)

Inés- ¿Os acordáis cuando los ginecólogos se negaban a creer en el síndrome premenstrual? Decían que era cosa de histéricas. Cuando los psiquiatras reconocieron su existencia encendí un cirio en su honor, como hacía mi abuela con La Macarena.

Marta- ¡Viva el pensamiento mágico!

Clara- Santo cielo, somos de plastilina, nos afectan *performativamente* todos los discursos.

Inés- Clara, ¿estudiaste derecho o torcido?

Clara- ¿Por?

Inés- ¿Quieres decirme qué significa "exactamente" *performativamente*?

Clara- Está claro: que lo que se dice de nosotras nos moldea, se impone a nuestra experiencia. *Per- for- ma- ti-va-mente*, la palabra misma lo indica. Somos de plastilina.

Inés- Es que esa palabra no existe en nuestra lengua, Clara. No puede indicar nada porque no existe en castellano.

Clara- Pero todo el mundo la conoce, ¡Inés, por favor!, no quiero ponerme pesada, pero Judith Butler, hace décadas, en fin...

Inés- Vale, vale. Ya caigo, significa que hacen con nosotras lo que quieren. Que somos como las artes decorativas, ornamentales y prescindibles.

Clara y Marta (*al unísono*)- Más o menos.

(*Silencio. Marta se ha quedado pensativa, como ausente*)

Marta- (*En tono grave*) Yo tengo que hacer mi propia reconversión, como Clara. No con el deseo, no es para tanto, si lo miras con realismo es lo que menos me importa perder. Sino con toda mi vida.

(*Se pone de pie y camina también hasta la percha, pero no coge nada, sigue de pie, estirándose un poco, junto a las amigas*)

Inés- ¿Qué le pasa a tu vida?

Marta- Que está vacía. Mi vida está vacía (*casi deletrea esto*).

(*Silencio*)

Clara- Vamos, Marta, ¿qué quieres decir? No seas extremista.

Marta- Que no amo. Quiero decir que lo que yo echo de menos no es sentir el deseo sexual, sino el amor. Aunque os parezca cursi.

Inés- No es cursi, a mí me ha dado un vuelco el estómago cuando lo has dicho.

Clara- *Que no amo.* Dios mío. Me ha hecho así a mí también. (*Hace el gesto con las manos encima del vientre*).

(*Silencio largo*)

Marta- Echo de menos el amor. No el sexo. Es el amor el que se ha ido. El amor se fue a la guerra, como Mambrú.

Inés- (*canta*) *Qué dolor, qué dolor, qué pena...*

(*Silencio, corto*)

Marta- No tengo emociones. Busco hombres que me quieran, a veces lo consigo, no creáis. Es difícil, porque hombres hay pocos, pero lo consigo. Aunque luego no puedo quererles. Hago los gestos del amor, eso sí, hago los gestos rituales del amor para convocarlo, pero el amor no llega.

Inés- No será para tanto, me estás poniendo triste.

Marta- Lo es. Se marchó cuando murió mi padre (*Pensativa*). Bueno, no cuando murió, *durante* la enfermedad de mi padre (*pausa*). No le quería, nunca le quise, era un hombre obsesivo y frío, maniático, lleno de rituales. Lo ingresamos en una residencia y aguantó, dándonos por saco a mis hermanos y a mí, durante cuatro larguísimos años. Llegaba y, sin decirme ni siquiera: *Buenas tardes, hija.* O qué se yo. Me gritaba: *¿Por qué has venido tan tarde?* Daba igual la hora que fuese. Ni se le ocurría pensar en mí. Era mi obligación estar allí, no le cabía otra posibilidad.

Clara- Los viejos son egoístas, no les queda energía para ser amables.

Marta- Eso me decía yo. Lo disculpaba. Con él no me permití ninguna mezquindad moral, nada que ver con lo de mi colega: mi conducta fue de todo punto irreprochable. Pero por dentro me destrozó. Mi padre se llevó con él la última generosidad que me quedaba.

Inés- ¿Qué quieres decir?

(*Marta se sienta de nuevo*)

Marta- Deseé su muerte durante años. Me veía envejecer y le veía envejecer a él. Los dos hacia el final. El suyo próximo, el mío supuestamente más lejano. Veía cómo todo mi esfuerzo iba destinado a nada, y que, sin embargo, su cuidado me estaba robando unos años preciosos. Inmejorables. Los años de mi madurez. Estaba llena de energía y de rabia, y decidí no sentir ninguna culpa por tener esa rabia. Me concedí el derecho a albergar ese sentimiento de animadversión entero, sin paliativos. Y me destrocé.

Clara- (*Conciliadora, usa de nuevo un lugar común*). Es muy duro cuidar a los padres ancianos.

Marta- Gracias, Clara, Lo es, pero no me consuela. Cuando mis hijos se fueron, cuando me dejaron independiente, apareció mi padre y me secuestró la vida... No soportaba el olor de la residencia. No soportaba los árboles que se veían desde la ventana de su habitación, la decrepitud, el amarillo ceniciento de las mejillas de los viejos. Empecé a mirarme al espejo con insistencia porque veía la muerte también en mis mejillas.

Inés- Estás guapísima, sigues siendo guapísima.

Marta- No me veía así. No me veo así. No he recuperado mi imagen de antes de la enfermedad de mi padre. Ahora me veo vieja, como él. Lo peor de todo es que sabía que no podía permitirme fallar. Sabía que sería peor si lo descuidaba. Me entregaba con constancia, pero solo por obligación, solo porque cuando muriera no podría perdonarme el haberlo abandonado. Es muy duro sentir lo que os digo. Muy duro... En esos cuatro años de agonía perdí todo el amor que me quedaba. Desde entonces estoy muerta... Tan muerta como él.

Clara- No digas eso. Estás espléndida.

(*Marta la mira, muy seria*)

Marta- Clara, no digas tonterías, no estamos ya para tonterías. No estoy espléndida. Llevamos bebiendo seis horas, son las tres de la madrugada, tengo las mejillas flácidas y los ojos hinchados por el alcohol. Sé exactamente el aspecto que tengo. Mañana pesaré un kilo de más, y estaré toda la semana a dieta intentando perderlo. Cuando lo haya logrado será de nuevo fin de semana, volveré a cenar y a engordar. Conozco mi cuerpo y sé exactamente el aspecto que tengo.

Inés- (*En tono alegre y firme*) Eso no es cierto, perdona. Ninguna de nosotras sabe *exactamente* el aspecto que tiene.

Clara- Es verdad.

Inés- Por ejemplo, yo tengo un aspecto con las gafas de lejos y otro con las de cerca. A decir verdad, me gusta más el aspecto que tengo con las de cerca, pero no sé cuál de los dos es el verdadero. O si existe una verdad sobre mi aspecto, no sé si me explico. Ya no sé lo que tú ves cuando me miras. Depende de la graduación, de la miopía o el astigmatismo. La verdad es que nunca lo había pensado así hasta que dejé de ver bien por culpa de la presbicia.

Clara- Es cierto. Como dice una amiga mía: quitarse las gafas es como hacerse un lifting de urgencia. La última mirada al espejo que me doy antes de salir de casa siempre la hago sin las gafas puestas. ¡No veas lo guapa que me siento! Salgo a la calle con mejor ánimo.

Inés- ¡Exacto! De modo, mi querida Marta, que no tienes ni idea del aspecto que tienes "exactamente".

(*Clara e Inés usan un tono alegre, como si la confesión de Marta les hubiese afectado y quisieran banalizarla. Marta sigue en su tono circunspecto*).

Marta- En cualquier caso, ajado. Marchito... Y, por dentro, el mismo jodido aspecto que mi padre...

Clara- Yo, cada vez que me afirmo me siento fea. Me pasa desde jovencita. Cuánto más segura estoy de mí misma, más bruja mala me siento. Más...

Inés- ¿Masculina?

Marta- ¡Es verdad! A mí me pasa igual.

Clara- Por eso te ves fea. Las monjitas nos educaron para ser dulces y monas, hacer labores del hogar y no pensar, para ser de plastilina, como decías, moldeadas...

Inés- *performativamente...* (con guasa)

Clara- (*la mira*)... sí, por otros. Y cuando nos endurecemos, pues eso, nos vemos feas.

Inés- Monstruos... ¡gr...! (*hace gestos con la cara*)
(*Silencio breve*)

Inés- (*a Marta*) Yo no he pasado todavía por la muerte de mis padres, viven los dos.

Marta- Ya llegaré. Nos llegaré a todas. Cumplía con mi obligación, pero sentía una rabia tan intensa que se me antojaba inhumana, me sentía una harpía. Quería viajar, pero era imposible: los turnos, los malditos turnos. Cuando murió solo sentí alivio, nada más. Nada. Estoy completamente seca.

(*Silencio*)

Clara- Marta, creo que puedo entenderte.

Marta- ¿Tú tampoco amas?

Clara- No, no del todo, al menos no como antes. Siento que quiero a mis hijos casi siempre. Ahora que son mayores, que no dependen de mí, lo siento con menos ambivalencia. Esta noche os quiero a vosotras, aunque luego pasemos años sin vernos. Mi desamor no es tan radical como el tuyo, no lo es. Pero hay algo de desafecto en mi vida. Un desafecto necesario para sobrevivir.

Inés- ¿Has dicho necesario?

Clara- Sí, con los años me he vuelto más ensimismada, más centrada en mí misma.

Marta- Yo también. No quiero volver a tener ninguna obligación como la que sentí hacia él. Por eso me alejo del afecto: si no te unes a nadie no hay obligaciones que valgan. Subida radical de los puentes levadizos. Retirada a los cuarteles de invierno. Asunto resuelto.

(*Silencio breve*)

Inés- ...Tengo un amigo que se ha hecho adicto al móvil. Concretamente a hacer fotos con el móvil. Las hace a cientos. Cuando comemos juntos no doy crédito. Era una de esas personas con las que podía hacer una esfera de intimidad perfecta, no sé si me explico. El mundo quedaba completamente afuera, y dentro estábamos solo nosotros dos. Nos veíamos con mucha frecuencia precisamente por eso, porque todo lo demás quedaba lejos. Era una relación íntima y calmante, en absoluto sexual. Pero de repente, ¡zas!, apareció su móvil. Y con su móvil sus fotos. Su programa Insta.. no sé qué, que las colorea, las envía, las sube a su facebook..., y su ensimismamiento.

Marta- Se acabó la esferita mágica, se acabó la fantasía de unión. Nos alejamos de los otros sin remedio a medida que somos más nosotros mismos.

Inés- ¡Viva la diferencia!, ¡arriba el *Mímismo*! Yo, yo, yo...

Clara- Somos insufribles, vaya, así, en general, ¡para qué vamos a andarnos con rodeos! Estamos poco dotados para la convivencia. Y el asunto empeora con los años. Hay rasgos irracionales que me molestan de los otros, cosas... no sé. La mayoría, por ejemplo, se cree interesante cuando afirma que le gusta Hopper, o Tamara de Lempicka... Por dios, ¿se puede ser menos original?

Inés- O las Variaciones Goldberg, interpretadas por Glenn Gould.

(Suenan las Variaciones Goldberg, interpretadas por Glenn Gould, un guiño a la ironía. Se está describiendo una clase social que se mira en un espejo).

Clara- Exacto, insisten: *oh, sí, sí, interpretadas por Gould.*

Marta- ¡Por favor! ¿habéis visto que todo el mundo ha descubierto de repente las Variaciones Goldberg? Es mi último test de inteligencia. Cuando alguien me dice que le gustan lo tacho inmediatamente de mi lista. No porque le gusten, por supuesto, sino por decirlo. Soy cruel como mi padre. Aunque, ¿sabéis? A veces me encanta ser cruel.

Clara- *(Sigue ensimismada, como acaba de denunciar que están los otros)* La mayoría somos insufribles, en serio, nos sabemos de memoria nuestros rituales, nuestros tics, nuestras miserias (más o menos nuestras miserias, aquí somos bastante miopes). Ofrecemos de nosotros una versión tan amañada que parece una caricatura... ¿Dónde has estado de vacaciones? *Oh, qué hermoso es París, o la Cochinchina.*

Inés- Se dice Conchinchina.

Clara- Ya, es que me ha salido como lo decía mi abuela.

Inés- ... Hace poco conocí a una, llamémosle, “persona interesante” *(hace el gesto de comillas con los dedos, subrayando la convención)*. Seguramente lo es en todos los sentidos; quiero decir que tiene éxito social y reconocimiento. Investigador, doctor, guapo, políglota. En fin, un pincel.

Marta- Preséntamelo, lo mismo recupero el amor.

Inés- No creo. Verás, lo pasamos estupendamente comiendo, en dos ocasiones. Y supe, no me preguntes porqué, pero supe, que no íbamos a pasar de la fase muestrario.

Clara- ¿Muestrario?

Inés- Sí, esa que comienza exponiendo todas tus virtudes, todos tus logros, como el pintor de brocha gorda te muestra el muestrario de colores para que elijas la pintura del salón. La exposición exhaustiva de la magnificencia de tu magnífico yo. Perdón por las redundancias.

Marta- No me interesa en absoluto nadie que comience con ese asunto, Inés.

Inés- Ni a mí *(rotunda)*.

Clara- Chicas, no lo entiendo. No queréis el muestrario... Bien, entonces ¿preferís que os inunden con sus últimos problemas familiares? ¿Es mejor que os trasladen la angustia que les provocan sus hijos adolescentes?

Marta- Pues la verdad es que tampoco. Yo cuando termino de trabajar no tengo oídos para nadie. Ni para lo bueno ni para lo malo.

Inés- *(Pensativa)* Si me apuras, Clara, prefiero la fase muestrario. Entre color y color siempre puede caer una anécdota divertida, un restaurante nuevo, una receta de cocina... qué se yo.

Clara- Por eso. Precisamente por eso, yo prefiero el muestrario sin la menor duda. Luego elijo si me quedo o no con el pintor.

Inés- Pero qué difícil es todo, por favor. Estoy abrumada.

Marta *(Bostezando)*- Y cansadas, estamos cansadas. Hablando de pintores: bonito panorama estamos pintando...

Inés- Por cierto, Marta ¿sabes cuántas veces has dicho esta noche: “exactamente” ?

Marta- ¿Yo?

Inés- Sí, como cinco o seis. Odio los adverbios terminados en mente.

(Se ríen)

Marta- ¿No me estarás cogiendo manía, verdad? Se empieza contando adverbios y...

Inés- No, por dios. No te enfades.

Marta- Si no me enfado. Pero es que intuyo que si siguiésemos viéndonos con frecuencia acabaríamos apuntándonos algo más que los adverbios.

Inés- De cualquier forma, ¿a quién le interesa lo que digan tres mujeres maduras? Te respondo sin dudarle: A NA- DI- E. Nuestras palabras sonarán a cháchara.

Marta- Bla, bla, bla, ¿Cómo era aquello? Cominerías.

Inés- Hasta yo misma, cuando era niña, huía de las conversaciones de mujeres. Tan domésticas, tan poquita cosa.

Marta- Ellos sí que saben hablar (*con sorna, elevando el pecho*), ocupar el espacio público hinchando su ego. ¡Uf! ¡Qué cansancio!

Clara- Vamos a morir, todos vamos a morir y no sabemos ser sinceros los unos con los otros. Ese es el bonito panorama que estamos pintando esta noche.

Marta- *Los hombres mueren, y no son felices*, decía Camus.

Clara- Otra cita socorrida. ¿Y las mujeres? Imagínate que Camus hubiera dicho: *Las mujeres mueren y no son felices*. Pierde toda gravedad. Parece de nuevo insignificante.

Marta- No por eso es menos cierto... Las mujeres mueren y no son felices... Está bien. Me gusta.

(Silencio breve)

Inés- Volviendo al tema de la sinceridad: lo peor es que no sé si la preferiría. La autenticidad me asusta.

Marta- ¿Por qué?

Inés- Me da grima. ¿Te imaginas que, mientras alguien habla contigo, te dijera: Marta, corazón, te estoy observando unos minutos y mira que te has hecho vieja en los dos últimos años. El surco nasogeniano te ha aumentado un mogollón...? ¡Me muero!

Clara- ¡Y yo!, pero no me refiero a eso.

Inés- ¡Eso es!, sinceridad a la carta. No se te ocurra decirme que me encuentras vieja, míenteme, por favor, pero cuéntame tus secretos más íntimos. Hazme feliz. Diviérteme, vamos. La autenticidad plena rompería el pacto social, no me cabe la menor duda.

Clara- Llevas razón. Qué lío (*pausa*). Echo de menos conversaciones como esta.

Marta- Esto ha sido porque no vamos a volver a vernos en años.

Inés- Lo mismo pienso yo. Nos hemos sincerado porque mañana no tenemos que vernos en el gimnasio, ni en la cola del súper, ni, por supuesto, eso sería el colmo, en el trabajo.

Clara- Que no nos toquen el trabajo.

Inés- Máscaras.

Clara- Y el alcohol, no olvidemos los efectos del alcohol.

Marta- ¡Qué le vamos a hacer!

Clara- ¿Os habéis dado cuenta de que cada vez nos parecemos más a nuestras abuelas? *Qué le vamos a hacer, La virgen de la Macarena*.

Marta- Estamos llenas de lugares comunes. Somos réplicas. Clones.

Clara- Las Variaciones Goldberg, Hopper, nuestras madres, nuestras abuelas.

Marta- Y la última de Woody Allen. Mira que me aburren últimamente, pero poco una y otra vez: no puedo perderme la última peli de Woody Allen.

(Silencio corto)

Inés- Hacemos lo que podemos.

Marta- En eso llevas toda la razón, Inés, hacemos lo que podemos *(Es muy importante esto, enfatizarlo)*

Clara- Sí, lo que podemos.

(Se hace un silencio más largo que el anterior, alguien bosteza, el bostezo se contagia.)

Clara- Me estoy muriendo de sueño. Menos mal que mañana no trabajo...

Inés- Ni yo.

Marta- Yo tampoco.

(Las tres miran sus relojes)

Inés- Chicas, ¿nos vamos?

Clara- Por mí sí.

Marta- Sí, vámonos. Es tarde.

Inés- Pero antes una foto que nos recuerde esta noche.

Marta- Pero, ¡nada de facebook!, prométemelo.

Inés- Por supuesto, te lo prometo.

(Las tres amigas se acercan en el sofá, muy unidos sus rostros. Inés saca su móvil y hace una foto. Están sonrientes, como si la noche hubiese sido una experiencia muy gratificante)

Inés- Ya está.

Clara- ¿A ver?

Marta- ¡Qué felices parecemos!

(Reflexivas, como si constatasen el abismo que separa la alegría de la foto y su experiencia agri dulce de la noche, se levantan y cogen sus abrigos de la percha, al unísono, como un coro griego. Cada una de un lado, con elegancia y armonía.

Se besan y, con mucha calma, subrayando el efecto de despedida-final, dicen los parlamentos siguientes)

Inés- Estamos en contacto, ya tenemos nuestros móviles.

Clara- Estamos en contacto, sí.

Marta- Sí, sí. En contacto.

(Caminan de espaldas al público y salen despacio del escenario).

(La unanimidad que se ha conseguido en los últimos momentos debe ser muy elocuente en los gestos, para mostrar el confort de la intimidad humana, al tiempo que hemos mostrado también su dificultad. Importa subrayar también la distancia entre la apariencia y la verdad, entre la imagen y la realidad.)

Cómo la ve *el autor*: una sugerencia escenográfica.

Artes decorativas, desde su nombre mismo, dialoga con *Arte*, la obra de Yasmina Reza. Allí eran tres hombres y aquí tres mujeres; ellos hablaban de arte contemporáneo, ellas de artes decorativas – porque, ya se sabe, y lo denuncia la obra, que las mujeres siempre hablan de cosas menores – ; son tres amigos allí, aquí tres amigas. También la amistad, la dificultad de relacionarnos los seres humanos, laten en una y otra obra. He pensado que podría representarse dentro de un cubo blanco, con los sillones, la percha, la mesa y la lámpara, si la hubiera, en color crudo. En *Arte*, el cuadro en discusión era blanco con unas líneas en blanco más oscuro. La referencia intertextual puede señalarse en el programa o dejarla al espectador más informado.

Las tres actrices podrían ir vestidas de tres colores básicos: Inés de rojo intenso, Clara de azul cobalto y Marta de gris marengo. Zapatos, abrigos y un fular del mismo color que los respectivos trajes. Los movimientos de las actrices por el escenario serían como pinceladas de un cuadro abstracto, incluso los manejos del fular, que puede quedar sobre el sillón vacío, o sobre la mesa, caído en el suelo, serían pinceladas de color en un lienzo blanco, una coreografía de colores que sacara el texto del realismo y lo lanzara hacia lo universal y abstracto.

Rizando el rizo, podría cerrarse el cuadrado blanco con una puerta corredera blanca también, con un marco. Como si dentro de ese cuadro, que es lo que el espectador ve al entrar en el teatro, se diese lugar el acto dramático. Al comienzo de la obra la puerta se abre y vemos el interior del cubo blanco. Creo que, en realidad, los hombres no solo desconocen o no entienden el arte contemporáneo, sino que lo más incomprendido para ellos son las mujeres, de ahí este guiño que solo percibiría el espectador más sagaz.

El minimalismo de la decoración funcionaría aquí como una antítesis entre el título *Artes decorativas*, que evoca un espacio recargado, y una escena despojada donde no hay prácticamente decoración, de modo que dota de gravedad a la conversación, la saca, precisamente, de las artes decorativas, de lo que se entiende prejuiciosamente que es la conversación entre mujeres, para convertirla en un problema universal del ser humano.

No me gustaría asociar las mujeres a la cocina ni a ningún escenario doméstico, querría situarlas completamente fuera de la domesticidad. De ahí que haya pensado en una cafetería de hotel, donde ellas son seres sin casa. Un espacio neutro, un no-lugar, donde su conversación cobre más relieve y solemnidad, a pesar de ser ligera en algunos momentos, con los giros propios de conversaciones íntimas y profundas, que transitan gran parte de la obra. Por eso me he permitido hacer estas precisiones escenográficas en el comienzo del texto.

La canción *Beyind the eyes*, de Roi Nu, no es negociable.

<http://roinu.bandcamp.com/>